

unos deleites que duraron pocos momentos. Si el tentador te importuna, si la pasión se irrita, si el deleite es dulce, si la tentación es violenta, llama luego al pensamiento la memoria y la imagen de la espantosa eternidad. ¿Apodérase de tu corazón la codicia, ó el amor de las riquezas? pues compara esa opulencia, esos bienes que gozas ó esperas gozar con la eterna falta de todo, que es la herencia de los condenados. ¿Inquiétase la carne con el amor de los deleites? pues pregúntate á tí mismo con el profeta, si esos deleites tan cortos y tan superficiales podrán apagar el ardor de las llamas sempiternas. Cuando se te escite la cólera; cuando tus enemigos te ofendan; cuando las desgracias y los trabajos te persigan; considera qué cosa es arder, sufrir, rabiar, ser infeliz, y estar en desgracia de Dios por toda la eternidad. El pensamiento y la memoria de la eternidad embota, es así, el saúnete de los gustos; pero también suaviza la amargura de los trabajos, y hace tolerables y meritorias las adversidades. No te contentes con aprovecharte tú solo de esta piadosa industria; procura enseñarla también á tus hijos y á tus criados. Háblalos con frecuencia de la eternidad: de cuando en cuando hazlos una pintura de ella viva y penetrante. Esas reflexiones son siempre muy provechosas. ¿De qué me sirve ocupar el trono, vivir rodeado de esplendor y de abundancia por algunos pocos años, si soy después infeliz por toda una eternidad?

DIA XXVII.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN ANTIMO, obispo y mártir, en Nicomedia, el cual en la persecución de Diocleciano por la confesión de Jesucristo siendo degollado, alcanzó la corona del martirio. Siguió su ejemplo casi la mayor parte de su rebaño, de los cuales por sentencia del juez, unos fueron degollados, otros quemados, y otros metiéndolos en barcos inutilizados fueron sumergidos en el mar.

LOS SANTOS MÁRTIRES CASTOR Y ESTEBAN, en Tarso de Cilicia.

EL TRÁNSITO DE SAN ANASTASIO, papa, en Roma, varón de muy rica pobreza, y muy exacto en el desempeño de su apostólico ministerio; el cual, según escribe S. Jerónimo, permaneció poco en Roma, porque no fuese arruinada la cabeza del mundo en tiempo de tal pastor, pues á poco tiempo de su muerte, Roma fué tomada y saqueada por los Godos. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN TERTULIANO, obispo y confesor, en Bolonia.

SAN TEOFILO, obispo, en Bresa.

SAN JUAN, abad, en Constantinopla, el cual por defender el culto de las santas imágenes, padeció muchas persecuciones en tiempo de Leon Isaurico.

SAN PEDRO ARMENGOL, del orden de nuestra Señora de la Merced Redencion de Cautivos, en Tarragona, el cual por rescatar á los fieles cautivos, padeció muchos trabajos en el Africa, y al fin murió santamente en el convento de Santa Maria de los Prados. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SANTO TORIBIO, arzobispo, en Lima, en el Perú, cuya gloriosa muerte se celebra el dia 23 de marzo. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SANTA ZITA, virgen, en Luca en Italia, esclarecida en virtudes y milagros; su festividad se celebra hoy por decreto de Leon X. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN PEDRO ARMENGOL.

EN la Guardia de los Prados, villa del arzobispado de Tarragona, nació por los años de 1258 Pedro Armengol, hijo de Arnaldo, cuyo apellido hoy permanece en la ilustre casa de los barones de Rocafort, descendiente de la casa de los condes de Urgel, familia nobilísima cuyos ascendientes tuvieron enlaces muy estrechos con los condes de Barcelona y reyes de Aragon y Castilla. Hallóse presente en su nacimiento el venerable P. Fr. Bernardo Corbera, religioso de la Merced, y profetizó del recién nacido infante diciendo: *A este niño un patibulo ha de hacerle santo.* Aplicaron sus padres el mayor cuidado en la educacion del niño, á fin de que procediese conforme á las obligaciones que le impuso la cuna; pero tuvieron el desconsuelo de ver inútiles todas sus diligencias en un jóven, que habiendo salido de un natural altivo y soberbio, ni los buenos ejemplos de los padres, ni los consejos de los mejores maestros fueron bastantes para contener su desarreglo; pues envaneciéndose mas de lo que convenia sobre su nobleza, este respeto, que debia contenerle para que obrase segun su distincion, le sirvió de motivo para que discurriese tener salvoconducto de proceder con total abandono.

Mucho contribuyó á su desenfreno la compañía de otros jóvenes disolutos y ligeros, que en poco tiempo, sin mucha resistencia le condujeron por el espacioso camino de los vicios. La dissolution de su vida ahogó enteramente en su pecho aquellos piadosos sentimientos, que en los principios de su educacion habian hecho en él alguna tenue impresion. No como quiera empezó á perderse; sino que hacia gala de ser de los mas perdidos. Y como la libertad orgullosa destierra del corazon, no solo la ur-



S. PEDRO
ARMENGOL.

banidad y modestia, sino que la embrutece, y hace feroz é intratable; oia Pedro con desabrimiento, y aun con desprecio las saludables advertencias de sus padres.

La desatencion y poco caso que hacia de otros caballeros de sus circunstancias le acarrearón no pocas pesadumbres y sentimientos; y como un abismo provoca á otro abismo, deseoso de vengarse de ellos, juntó una patrulla de gente infame, capaz de abrazar su sistema, la que alentada á la sombra de un caudillo tan visible, cometieron tales escesos, que intolerables en el país, perseguidos de la justicia, se vieron en la precision de retirarse á los montes, donde tomaron la infame profesion de bandoleros, siendo Pedro su jefe y capitan, con total abandono de su nobleza.

El dolor y sentimiento que causó al padre el rumbo de un hijo tan perdido, que ponía á su familia el borron mas denigrativo, le hizo, para templar esta pena, dejar el pueblo de su habitacion, y retirarse al reino de Valencia, recién conquistado por el rey D. Jaime, con ánimo de seguir la corte, y emplearse en el servicio de un monarca tan recomendable. Determinó este principe pasar á Mompeller á verse con el rey de Francia, para tratar negocios importantísimos á ambas coronas; y entendido que en los montes Pirineos habia no pocos salteadores que robaban y daban muerte á los pasajeros, para transitar sin peligro, dió comision á Arnolddo, sugeto de conocido valor y notoria esperiencia, á fin de que despojase el camino de aquel riesgo.

Ocurrió á Arnolddo lo que podía suceder en una expedicion tan peligrosa; pero deseoso de remediar la afrenta que causaba á su linaje su hijo, que presumia fuese el capitan de los salteadores, partió al momento con algunos de á caballo, y dos banderas de infantes. Luego que reconoció los sitios proporcionados de las montañas, y supo á virtud de las mas vivas y eficaces diligencias, que se reunieron las compañías de los bandidos para apoderarse de las riquezas de la real comitiva, ocultándose en un bosque con una porcion de infantes, dispuso echar en el camino unas acémilas mas cargadas de ruido que de dinero, á fin de atraer al cebo los ladrones. Salióle bien el pensamiento, y cuando se hallaban mas engolfados en la presa, dió sobre ellos Arnolddo y su tropa con el mayor esfuerzo, hiriendo á unos y prendiendo á otros. Pero advirtiendo que una manga de aquella escolta se defendía con particular denuedo, sospechando por lo mismo que en ella se hallaria su capitan; se apeó del caballo, y empuñando el acero, animando á los suyos, principió á acometerla como un valiente leon. La buena suerte de Arnolddo, y de su hijo Pe-

dro, hizo que fuesen los dos los primeros que se presentaron en el combate cuerpo á cuerpo; y suspendiéndose ambos despues de los primeros encuentros, hasta certificarse de las personas respectivamente; conocidos, convirtieron la cólera en compasion á un mismo tiempo, doliéndose de haberse herido reciprocamente; y avergonzándose Pedro de acometer á quien le dió el sér, bañado en tiernas lágrimas, postrado á los pies del padre, le entregó la espada, y con ella el corazon, rogándole que hiciese con él los oficios del juez mas severo.

No pudo Arnolddo aunque tan ofendido desentenderse del amor de padre, viendo á su hijo postrado; y llevándole consigo para experimentar si era verdadero su arrepentimiento, dentro de muy breve tiempo acreditó con pruebas prácticas lo que jamás pudo pensarse de un hombre tan abandonado. Súpose el suceso por todo Aragon y Cataluña, y fué para todos de tan inesplicable gozo y satisfaccion, que dieron á Arnolddo el parabien por la recuperacion de un hijo, que consideraban enteramente perdido.

La divina Providencia, que dispuso el memorable referido hecho para la conversion de Pedro, continuando con sus sabios designios hizo de él un héroe, que si en su juventud desacreditó su ascendencia con sus acciones, despues recuperó el honor vulnérado de su ilustre familia, y ensalzó su estimacion.

Retirado nuestro Santo de la vista de los mortales, lleno de confusion y vergüenza, meditando sobre sus enormes delitos, cayó en una profunda melancolia. Valióse el enemigo de la salvacion de esta constitucion triste para tentarle á la desesperacion, representándole con la mayor viveza el rubor que era indispensable padeciese un sugeto de sus circunstancias, al proferir por su boca las execrables maldades que habia cometido, para merecer la absolucion de ellas por medio de la confesion. Pero como Dios tenia determinado formar de tan grande pecador, uno de los mayores Santos de su Iglesia, alentó su desconfianza la voz viva de varios sermones que dispuso oyese en el discurso de aquel tiempo.

Pasó al convento de la Merced de la ciudad de Barcelona á desahogar su conciencia; y oyéndole en confesion un maestro sabio, prudente y experimentado en el ministerio, conociendo la vehemencia del dolor, y sinceridad del arrepentimiento del penitente, alentó su espiritu en tales términos, que fué causa de renovar en aquella planta un agigantado árbol, capaz de producir los mas asombrosos frutos de penitencia.

Encendido Pedro en vivísimos deseos de satisfacer las injurias

hechas á Dios en la vida precedente, disueltos ya los lazos que le oprimian, alentado con un nuevo espíritu, y lleno de nuevo aliento, tomó la generosa resolución de hacerse religioso de la Merced: pidió el hábito con tantas instancias, y dió pruebas tan concluyentes de ser verdadera su vocacion, que fué recibido en el convento de Barcelona con particular aplauso.

Apenas se vió vestido con la insignia militar de la Reina de los Angeles, maravilló su fervor á los mas perfectos, y miraron los mas ancianos con admiracion sus progresos en el noviciado; pues no pudo subir á mas punto su humildad, puntualidad y obediencia. Las pasiones á que se habia entregado tan desenfrenadamente en el siglo, se amotinaron con violencia, viéndose reprimidas en la religion; pero supo sujetarlas con tanta prontitud por medio de rigurosas penitencias, por una continua mortificacion de los sentidos, y por una oracion perpetua, que antes de acabarse el año de probacion, logró verlas todas rendidas á la servidumbre de la razon. Al modo que cuando jefe de malhechores les precedió en los desórdenes, despues que siguió la milicia de Jesucristo, se aventajó á los de la profesion en la reforma. En lugar de las armas ofensivas que usó cuando libertino, substituyó diferentes instrumentos de mortificaciones asombrosas para crucificar su carne. Los días y las noches pasaba hecho un mar de lágrimas, pidiendo al Señor misericordia; llegando su rigor á tales términos, que así como á otros religiosos se les hacen capítulos de culpas, á Pedro era necesario hacerle continuos exámenes sobre sus penitencias, hasta mandarle por obediencia que se fuese á la mano en ellas.

Viendo los superiores su gran talento y raro mérito, le mandaron con precepto espreso recibiese los sagrados órdenes á pesar de su humilde resistencia, por la que se confesaba indigno de ascender al sacerdocio; en cuya dignidad se portó como el mas digno ministro del Altísimo. Todos los días celebraba el santo sacrificio de la misa con tanta devocion, ternura y lágrimas, que cuantos le veian en el altar, salian compungidos, como si oyesen el sermon de un predicador apostólico.

Bien satisfecha la religion de su fervor y zelo, fióle á los ocho años de profeso el importante cargo de redencion de cautivos. Desempeñó la comision completamente en las provincias de España, que estaban todavia en poder de los agarenos; pero como toda su ansia era pasar al Africa, y su mayor consuelo, como solia decir, el quedarse cautivo por el rescate de alguno de los cristianos, en una ocasion que hizo esta expedicion, llegó á Bugia con su compañero Fr. Guillelmo Florentino, varon de

grande mérito, y rescataron ciento diez y nueve cautivos, sin ofrecerse accidente que les embarazase hacerse desde luego á la vela para volver á la patria; pero como Dios tenia allí dispuesto el teatro de las glorias de Armengol, hizo que llegase á su noticia la esclavitud de diez y ocho niños, que como inocentes corderillos se hallaban en poder de aquellos lobos, espuestos á renegar de la fe de Jesucristo, movidos ya de los halagos, ya de los castigos de los bárbaros. Reflexionó Pedro era este el caso que habia prometido por el voto de su religion, y así se ofreció gustosamente en rehenes por la cantidad en que concertó el rescate de los diez y ocho inocentes; con la condicion, de que si no se entregaba en el tiempo estipulado, fuese condenado á las penas que quisiesen imponerle.

Partió Guillelmo con los cautivos, y se quedó Armengol á padecer y á obrar prodigios de caridad entre los infieles, convirtiendo á la fe de Jesucristo á no pocos de ellos con la eficacia de su predicacion autorizada con muchos prodigios; pero habiéndose pasado el tiempo prescrito para la solvencia del crédito, le pusieron en una prision, llegando su inhumanidad á términos de negarle hasta el preciso sustento; bien que el Señor por ministerio de los ángeles surtió á su fidelísimo siervo milagrosamente. Cansados ya los bárbaros de atormentarle conspiraron contra su vida, añadiendo al motivo que escitó su furor la falsa acusacion de que blasfemaba y maldecia de su profeta, despreciando su ley. Irritó la novedad el ánimo del juez en tal manera, que sin embargo de que no faltó quien defendiese á Armengol entre los infieles, diciendo que lo pactado en el concierto no era la pena de muerte, sino de prision y cárcel; con todo, le condenó al castigo de horca, irregular entre los sarracenos, para acreditar en él uno de sus prodigios asombrosos la divina Providencia. Ejecutóse en fin la sentencia, y estuvo ocho dias pendiente del madero, sin que se atreviese alguno á bajarle de él, á virtud de la prohibicion que publicaron los moros.

Llegó por este tiempo su compañero Fr. Guillelmo con la cantidad estipulada para el rescate de Pedro; pero habiendo sabido el atentado que ejecutaron los bárbaros, lleno de pena y sentimiento, pasó á ver el lastimoso espectáculo con algunos cautivos; y advirtiéndole al acercarse que no solo no despedía fetor alguno el cadáver despues de tanto tiempo, sino una fragancia celestial, quedándose suspenso, anegado en tierno llanto, le habló Armengol desde la horca, manifestándole, que la Santísima Virgen le habia conservado la vida en aquella disposicion para que publicase sus maravillas perpetuamente. Y ordenándo-

le que le bajase del cadalso, lo ejecutó Florentino inmediatamente con admiracion de los concurrentes y de todos los bárbaros, que asombrados de tan estupendo prodigio, no pocos se convirtieron á nuestra santa fe.

Dispusieron los dos amados compañeros dar la vuelta para Barcelona, que ya sabedora del portento esperaba ver con impaciencia al invicto mártir de Jesucristo; y habiendo llegado á ella, le recibieron todos con imponderable gozo, acompañándole desde el puerto hasta dejarle en su convento, dando gracias al Señor por sus maravillas. Deseaban los religiosos saber de su boca el suceso, pero no lo pudieron conseguir por mas ruegos; hasta que mandándole el prelado lo refiriese, no pudiendo resistirse á la obediencia, lo hizo humilde y modestamente en estos términos: *La Virgen María, madre de Dios y nuestra, pidió á su santísimo Hijo la conservacion de mi vida; y conseguido este favor, la misma soberana Reina me sostuvo con sus santísimas manos, para que con el peso del cuerpo no me ahogase el cordel de que estaba suspenso; y al decir estas palabras fueron tales los afectos de dulzura que sintió su corazon, que se quedó arrebatado en un admirable éstasis.*

Manifestando siempre Pedro en el cuello torcido, y en el color pálido las señales mas auténticas del suceso; vivió dos años despues en Barcelona todo ocupado en altas contemplaciones y asombrosas penitencias. Destinóle la obediencia al empleo que mas deseaba su apostólico zelo, que era la conversion de las almas; y habiendo hecho el mas copioso fruto en ellas por medio de su predicacion y admirables portentos; no pudiendo sufrir su humildad los honores y aplausos que le tributaba toda la ciudad, se retiró al pobre convento de nuestra Señora de los Prados, sito en el obispado de Tarragona, donde su vida fué una continua serie de heróicas virtudes y familiares coloquios con la Reina de los ángeles, á quien agradecido del favor dicho, profesaba tanto afecto, que no parecia posible ni mas reverente devocion, ni ternura mas filial.

Como notasen los religiosos que en sus frecuentes raptos decia muchas espresiones dulces, en las que parecia estaba en conversacion con alguna persona invisible, preguntándole despues qué le sucedia, respondia siempre: *No lo sé, Dios lo sabe.* Y acordándose de aquellos dias que estuvo en la horca, les aseguraba en las repetidas veces que hablaba de la gloria: *Creedme, hermanos carísimos, que yo no juzgo haber vivido dia alguno, sino aquellos pocos, pero felicísimos, en que pendiente de un madero estaba reputado por difunto.*

Finalmente oprimido de una grave enfermedad, conociendo se acercaba la hora de su muerte, la que predijo con espíritu profético, despues que recibió con su acostumbrado fervor los últimos Sacramentos, cantando aquel verso de David: *Vuelvete, alma mia, á tu descanso, porque el Señor lo ha hecho bien contigo*: repitiendo otro del mismo profeta: *Yo agradaré al Señor en la region de los vivos*, entregó su espíritu en manos del Criador en el dia 27 de abril, dignándose el Señor desde luego acreditar la gloria de su siervo con siete milagros de prodigiosas curaciones de tres hombres y cuatro mujeres antes que se diese sepultura á su venerable cuerpo.

No nos dicen los escritores el año puntual de su preciosa muerte; pero si atendemos á la referencia de los monumentos auténticos que señalan el suceso prodigioso de la horca en el de 1266, y que despues de este sobrevivió diez y ocho años, debemos computar el de su tránsito en el de 1284. Constándonos asimismo por la visita eclesiástica de los ordinarios de Tarragona, que sus reliquias se tienen en grande veneracion en la parroquia de la Guardia de los Prados, del mismo arzobispado, donde el Señor ha continuado obrando varios prodigios por la intercesion de su fidelísimo siervo.

SANTO TORIBIO MOGROBEJO, OBISPO.

EN todo el orbe cristiano fué maravillosa la fecundidad con que en el siglo xvi produjeron varones consumados en todo género de virtudes y de letras. Pero en donde mas brilló fué en el católico reino de España, el cual en solo aquel siglo tuvo hombres capaces de hacer la gloria de muchas naciones. Entre los que mas sobresalieron en santidad, en sabiduría, y en el cumplimiento de las grandes cargas episcopales, fué uno santo Toribio Alfonso Mogrobejo, natural de Mayorga, en el obispado de Leon. Sus padres, ilustres por su gloriosa ascendencia, y mucho mas distinguidos por la piedad de sus costumbres, fueron D. Luis Alonso Mogrobejo, regidor perpetuo de Mayorga, y D.^a Ana Robles y Moran, natural de Villaquijada. Ignórase el dia de su nacimiento, el cual sucedió en el año de 1538, el mismo en que, no léjos de Milan, nació S. Carlos Borromeo, semejante á nuestro Santo en la inculpable conducta de su vida, en el zelo fervoroso por la restauracion de la disciplina eclesiástica, en el cuidado de sus ovejas, y en todas las obligaciones de un gran sacerdote. Criaronle sus padres con una educacion propia de la alteza de su linaje. El niño Toribio, que habia recib-



S^{to}. TORIBIO MOGROVEJO O.